



**JOAQUIN
V. LUCO**

habla LUCO

BIBLIOTECA NACIONAL



0376841



Ediciones Nueva Universidad

JOAQUIN V. LUCO

HABLA LUCO

discurso de incorporación
a la academia de ciencias
instituto de chile

discurso de inauguración
del año académico 1969
facultad de medicina
u. católica de chile

 **Ediciones Nueva Universidad**
universidad católica de chile



BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

(C) Joaquín V. Luco Valenzuela, 1971
Inscripción N° 39213

Editado por el Departamento Editorial de la
Vicerrectoría de la Universidad Católica de Chile.

Impreso en los talleres de la Editorial Universidad Católica
Lira 140 - Santiago - Chile.

INDICE

	Pág.
	<hr/>
Prólogo del Rector	7
Discurso de Incorporación a la Academia de Ciencias Instituto de Chile	9
Discurso de Inauguración del Año Académico 1969, Facultad de Medicina	31

prólogo
del rector

El Departamento Editorial de nuestra Vicerrectoría de Comunicaciones ha programado publicar los más relevantes documentos emanados de las diversas Actividades Académicas de la Universidad. Ello me ha dado ocasión de satisfacer, aunque de manera modesta, un antiguo deseo: rendir un debido homenaje a muchos hombres cuyas enseñanzas e investigaciones pusieron los cimientos sólidos de esta Universidad que hoy estamos empeñados en rejuvenecer.

Alguien camina por nuestra casa llevando, en su testimonio y su palabra, la historia misma de la Universidad. Pero esa historia se hace presente y futuro al pasar por un corazón siempre joven. Ojalá algún día, muchos de nosotros podamos exhibir un caudal de sabiduría y un curriculum de servicios sin ostentación semejantes a los que, envueltos en su jovial ironía, posee el doctor Joaquín Luco.

No es el caso repetir el otro curriculum que se extiende por muchas páginas en los archivos, anotando sus méritos desde su ingreso como Ayudante del Laboratorio de Fisiología en 1931, hasta su incorporación a la Academia de Ciencias del Instituto de Chile, el 20 de marzo de 1969. Nuestro homenaje se dirige a todos esos méritos, pero quisiera destacar algo que los sobrepasa: el servicio —o con mayor exactitud científica, como él merece—, el amor probado del doctor Luco por esta Universidad. Si amar es más que dar, darse cuarenta años prueban el amor y la donación de un hombre a una causa.

Hoy hablamos y protestamos contra la fuga de cerebros. A partir del año 36, la Universidad Católica tenía rivales en el amor de este amante suyo. Pero a los éxitos en Harvard y en otros centros extranjeros, prefirió su patria y su propia Escuela.

El servicio y el desprendimiento, en el doctor Luco, toman imagen de modestia y de alegre chiste. Es difícil decir "gracias" a quien, querámoslo o no, nos hace reír o nos deja atónitos con la simbiosis del sabio y del artista. Que no mucho tiempo atrás sus trabajos fotográficos llenaran nuestra sala de exposiciones fue la reafirmación de esa sorpresa habitual y siempre novedosa. El sabio fotógrafo de hoy es el mismo joven médico cargado de títulos que, montado en su bicicleta, llegaba a la casa de un paciente de su padre, y era conducido al dormitorio de la enferma para reparar un instrumento médico como el esperado electricista. Y siendo el doctor Luco el personaje de la anécdota, el desenlace era previsible: primero arregló el aparato y, luego, haciéndose reconocer, dejó atónitos a los dueños de casa.

Servicio en humor y humor servicial, siempre joven y desconcertante, es la pista que puede llevar a muchos hacia la última enseñanza y la experiencia más rica de este Doctor Honoris Causa de Nuestra Universidad. Hacia esa vertiente enfoca el humilde homenaje de estas páginas. También en ellas la sabiduría sigue chispeando alegría. El agua es la misma, año a año tal vez más rica. La vertiente, un corazón de artista que conserva la lozanía del niño. El cauce, ciencia apetecible y que ha saciado a muchos como cuando interrumpía sus clases para recitar a Federico García Lorca o proyectar diapositivas del Caballero de la Mancha.

Los dos discursos que siguen son un auténtico reflejo de este hombre de nuestra Universidad. Al recogerlos y salvarlos del olvido, hacemos palabra un largo silencio de muchos académicos que en esta casa entregaron su sabiduría y sus personas, y que fueron compañeros, antecesores y seguidores del doctor Luco. Ninguno objetará sus méritos y todos dirán, como en otros días: "Que hable Luco".

FERNANDO CASTILLO VELASCO
Rector

**discurso de incorporación
a la academia de ciencias**

instituto de chile

Se inicia con un prólogo

Se continúa con Icaro

Luego viene el paisaje

Se termina con un epílogo.

EL PROLOGO

Brueghel, El Viejo, en un momento de exaltación lírica, cuando el Mediterráneo brilló por primera vez en su mirada, grabó en su memoria una delicada combinación de luces y colores. Luces y colores del Mediterráneo, impregnados de un humor irónico, se hicieron pintura y ahora habitan en el Museo de Bruselas.

En un rincón de la obra del pintor, como un detalle insignificante, vemos a Icaro desapareciendo en el mar Egeo. Icaro, el hijo de Dédalo, volando cerca del sol, perdió sus alas y cayó al mar. Mientras esta tragedia estaba ocurriendo, el labrador del primer plano de la pintura, seguía arando. El pastor permanecía mirando, con cara de ido, el azul del cielo. Y el pescador, muy cerca de Icaro, continuaba lanzando su anzuelo. Icaro desaparece y nadie se inmuta, y el

cuadro se llama "La caída de Icaro", una referencia mitológica.

Mi discurso en esta ceremonia académica lleva como título una referencia científica: "El sistema nervioso, un modelo biológico de integración". Será también un detalle del cuadro que voy a presentar. Quise que fuese el tema central, mas, mientras lo escribía, voces y luces de mi tierra me obligaron a fijar la mirada en el paisaje que se está presentando a los investigadores de nuestras universidades y el tema del título quedó como Icaro en el cuadro de Brueghel.

Pienso no volver a poseer una tela de la calidad que hoy se me ofrece y en ella quiero pintar preocupación.

Iniciaré la conferencia con Icaro y la terminaré con el paisaje.

ICARO

Dos grupos de encargos de suma importancia han sido entregados por la naturaleza a cada individuo. Uno de ellos consiste, primero, en completar el desarrollo de sus propias funciones; segundo, en mantener las estructuras y las funciones, y, tercero, en enriquecer los sistemas fisiológicos ya desarrollados y mantenidos.

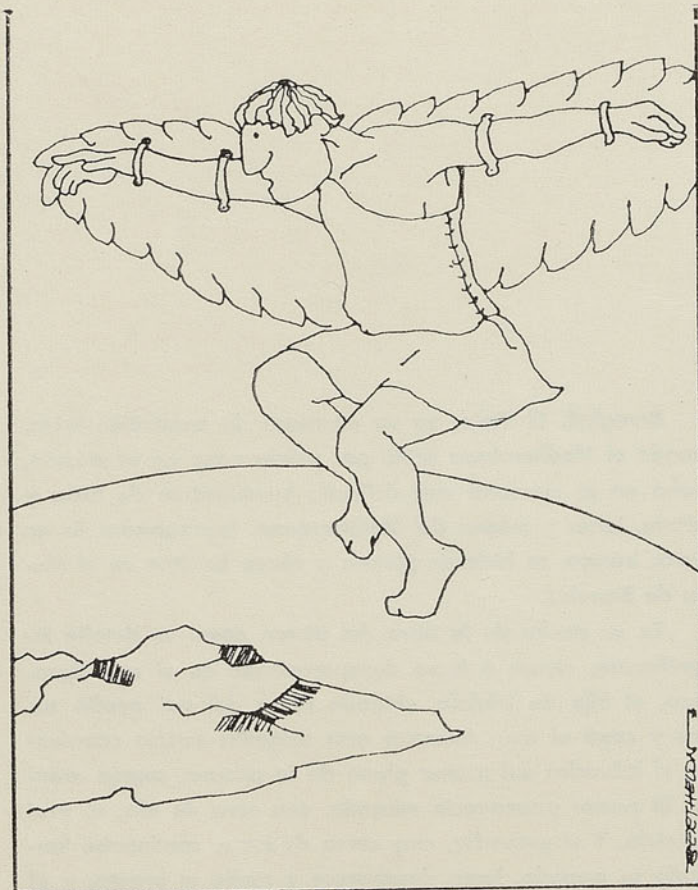
El otro grupo se refiere a la contribución en la persistencia de su propia especie. Este segundo grupo no lo consideraremos en esta ocasión.

Los tres aspectos del primer mandato, para ser cumplidos, tienen de común la necesidad de un adecuado aporte de alimentos. En cambio, se diferencian en cuanto a que en algunos de ellos los factores innatos son suficientes y, en otros, los factores innatos son necesarios pero insuficientes.

Así, el desarrollo y la mantención de estructuras y funciones se obtiene de la herencia recibida y acumulada durante la evolución filogenética; en cambio, el enriquecimiento de funciones se llega a obtener por la experiencia propia de cada individuo.

Tanto de la armonía del desarrollo como en la mantención de estructuras y funciones, el sistema nervioso desempeña un cargo esencial y lo hace en compañía del sistema endocrino. El enriquecimiento de funciones depende aún mucho más de la actividad del sistema nervioso.

¿Cómo trabaja el sistema nervioso?



En primer lugar necesita recibir información, que viene tanto del propio organismo como del ambiente que lo rodea. Luego elabora la información recibida y, por último, entrega información a los sistemas que efectúan la orden, los efectores. El lenguaje usado en la transferencia de información es un código de frecuencia.

La mantención de estructuras y funciones se lleva a cabo por medio de procesos automáticos.

Se dice que los mecanismos que regulan y mantienen las constantes fisiológicas, la homeostasis, al decir de Cannon, son independientes de nuestra voluntad. Yo diría que, gracias al automatismo de los procesos reguladores, nuestra voluntad es, en condiciones normales, independiente del organismo vegetativo. Esta independencia es un don inapreciable que hemos recibido de la naturaleza. Si tuviéramos que preocuparnos de mantener las estructuras y las funciones (presión arterial, equilibrio, temperatura, etc.), no tendríamos tiempo para ningún otro quehacer. Si así fuese, en la regulación homeostática ocuparíamos tal número de poblaciones neuronales, que tampoco contaríamos con espacio neuronal suficiente para labores físicas o para labores intelectuales refinadas. La falta de tiempo y la falta de espacio neuronal nos transformarían en esclavos al servicio de nuestro físico y seríamos como seres desalmados.

Recuerdo que en 1933, en una de las clases a los alumnos de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de

Chile, quise ilustrar este concepto y proyecté de la edición Callejas una figura en que "el nunca bien ponderado y alabado caballero Don Quijote de la Mancha", colgaba de una peña en camisón de dormir, mostrando actitud ansiosa y de pensar profundo, en espera de la vuelta de su escudero. Sancho Panza había llevado un mensaje de amor a la bella Dulcinea.

Les dije a los alumnos: "Si en esa noche fría, Don Quijote de la Mancha hubiese tenido que preocuparse de mantener la constancia de sus medios y sistemas, no habría podido dedicar su imaginación contemplativa a la dueña de su corazón. Don Quijote tuvo libertad suficiente para amar a Dulcinea, y Cervantes para crear a Don Quijote".

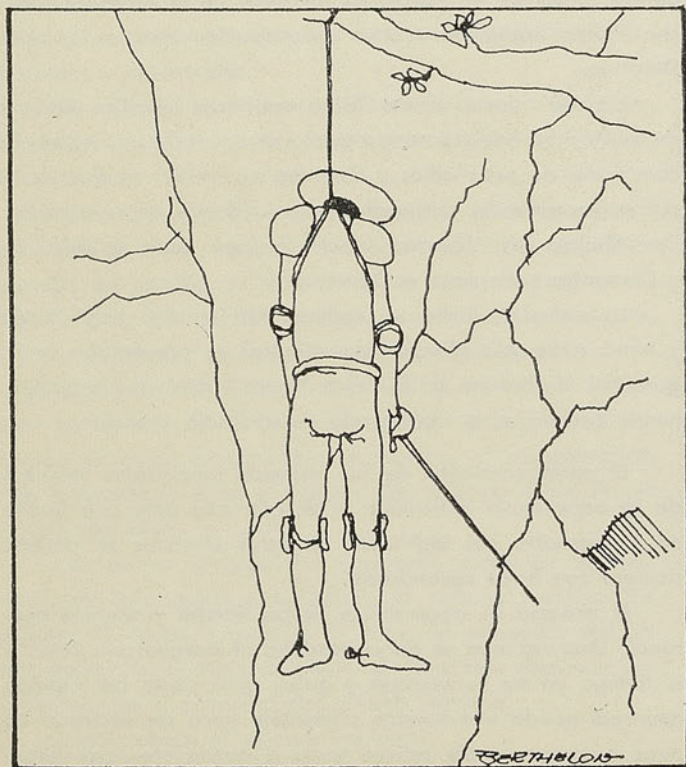
La anécdota tiene un epílogo. Un alumno llegó tarde y entró a la sala oscurecida mientras se proyectaba la figura del "Caballero de la Triste Figura", miró la proyección, pensó que se había equivocado de auditorio y se fue.

El enriquecimiento de los sistemas funcionales requiere de la experiencia individual y de que ella deje una huella en la memoria del individuo. En otros términos se obtiene siempre que haya aprendizaje.

El proceso de aprendizaje ocupa tiempo y espacio neuronal. Una vez que se ha aprendido, el aprendizaje cesa, y el tiempo ya no se necesita y quizá gran parte del espacio neuronal queda nuevamente disponible para ser utilizado en otros quehaceres. Me refiero tanto a quehaceres que termi-

nan en contracciones musculares, quehaceres de acción, como a los quehaceres de las llamadas funciones superiores del sistema nervioso: pensar, abstraer, etc.

Mucho de lo aprendido se va automatizando y tiende



a asimilarse a reacciones innatas, permitiendo al individuo mayor tiempo y mayor espacio neuronal, mayor libertad para expresarse y actuar.

Veamos un ejemplo. Se puede aprender a conducir un automóvil. Mientras se está aprendiendo, se utiliza gran número de posibilidades que el sistema nervioso presenta. Luego, después de haber aprendido, los grupos neuronales que intervienen en la conducción son muy inferiores a los que se ocuparon mientras se aprendía y, así, el individuo puede, durante el tiempo que conduce, usar las neuronas liberadas para dedicarse simultáneamente a fumar, a pensar y aún a amar.

Aprender implica usar la libertad fisiológica a la que hemos hecho referencia y, a su vez, implica conservar esa libertad, ese don de la naturaleza.

En nuestro laboratorio, nos hemos dedicado al estudio experimental de sistemas nerviosos sencillos, capaces de aprender. Ultimamente hemos analizado el concepto de espacio neuronal en relación con aprendizaje e integración, y queremos presentarlo como un simple modelo biológico.

No hace mucho tiempo se pensaba que la cucaracha no era capaz de adquirir reacciones aprendidas. Luego, en nuestro laboratorio, se estudió un hábito que el insecto podía adquirir por experiencia previa, hábito que constituye una respuesta adecuada a la circunstancia experimental.

En seguida, otro autor describió un proceso de condicionamiento en la cucaracha decapitada. Una asociación entre la posición de una extremidad y la evitación de un estímulo doloroso.

Posteriormente, se pudo demostrar que esta adaptación postural podía obtenerse en una preparación más simple. Un solo ganglio nervioso con las extremidades correspondientes.

Con el doctor Aranda estudiamos la conducta de esta última preparación. Concluimos que la asociación persiste aproximadamente durante media hora y se acompaña de ciertas características de los procesos sinápticos implicados en la reacción.

Resumiendo: se pensó que la cucaracha no era capaz de aprender; luego se demostró que la cucaracha aprendía; posteriormente, se comprobó que una cucaracha acéfala también aprende y, por último, se llegó a la conclusión de que un metámero aislado puede aprender, "un pedazo de cucaracha", como decía un biólogo conductista comentando este trabajo.

El metámero aislado es capaz de asociar una posición determinada de la pata con un estímulo doloroso y evitar así el castigo. Sin embargo, este metámero aislado no puede establecer un condicionamiento temporal de tipo pavloviano, la asociación de dos fenómenos que se suceden en el tiempo, conclusión alcanzada en el Laboratorio de Neurofisiología Gabriela G. Gildemeister de la Universidad Católica de Chile.

Hemos observado, además, que si en lugar de usar la

preparación de un metámero aislado, se utiliza una preparación compuesta por un metámero más el ganglio nervioso del metámero vecino y se la somete a un condicionamiento temporal, se obtiene la aparición de un reflejo condicionado. Esta preparación biganglionar muestra habilidad para reaccionar ante una señal que anuncia la aplicación de un castigo. Sin embargo, el rendimiento es bajo. En una preparación triganglionar se consigue un alto rendimiento.

En otros términos, si a la preparación de un metámero incapaz de recordar el tiempo se le agrega otro ganglio nervioso fisiológicamente conectado, aparece la memoria del tiempo. Se podría pensar entonces que en este segundo ganglio está el locus responsable del proceso mnémico, mas esto no es así, ya que probado este segundo ganglio aislado, él tampoco es capaz de retener el factor tiempo.

Esto permitiría concluir que para el caso del tiempo no hay un locus mnémico, que la huella del pasado no estaría localizada en un sitio determinado; estaría distribuida en todo el tejido nervioso que enfrenta el problema. Una cantidad demasiado pequeña de tejido nervioso, un ganglio aislado, es incapaz de almacenar la función tiempo. Se requiere un mínimo de neuronas para retener esta categoría de información, las neuronas presentes en dos ganglios. Para otra categoría de información, como por ejemplo, la que llega desde los receptores activos de la pata, bastaría la estructura nerviosa presente en un ganglio aislado.

Suponiendo que la huella mnémica tiene características generales para cualquier tipo de información, podríamos aceptar que en el caso de la respuesta de evitación condicionada por la posición de la pata, tampoco habría un locus determinado y que la información se encuentra también dispersa en todo el sistema.

Sobre la base de estos experimentos, queremos presentar un esquema de integración en el sistema nervioso, el cual concebimos como un sencillo modelo.

Cada ganglio aislado de una cucaracha es capaz de realizar determinadas funciones. Indicaremos dos: a) Ser el centro de un reflejo innato; b) Ser responsable del enriquecimiento de un sistema fisiológico, la asociación entre una determinada posición de la pata y la evitación de un dolor.

Si dos ganglios trabajan juntos, unidos por canales de comunicación, ellos son capaces de hacer mucho más que la suma aritmética de lo que hace cada uno, ellos se potencian y vemos aparecer el condicionamiento a la información tiempo.

La aplicación de este modelo a las sociedades humanas separadas por motivos geográficos o políticos no aporta seguramente novedad a los legisladores internacionales. Pero quizás ellos no saben que el refinamiento de la legislación biológica en la escala filogenética llegó ya en la cucaracha a realizar lo que todavía los hombres, por lo menos de Latinoamérica, no han podido lograr.

La unión fisiológica de dos ganglios determina una potenciación y no una suma. La unión de pueblos separados, supongo que también determinaría una potenciación. Si imitásemos al insecto y abriésemos vías de comunicación ordenadas entre sistemas políticos y económicos también ordenados, llegaríamos a saber lo que es el tiempo, y el tiempo es oro.



EL PAISAJE

¿Para qué soy académico de la Academia de Ciencias del Instituto de Chile?

De las numerosas razones, hay una sola que deseo analizar: colaborar en la labor de hacer de esta Academia lo que ella debe ser en años que se van acercando al fin del milenio. Digo colaborar, porque esta idea, que yo la tenía como programa, la oí del Presidente de la Academia de Ciencias en la primera reunión a que asistí.

No todas las academias correspondientes a la nuestra son similares. Es lógico que así sea. La creación de cada una de ellas respondió a una necesidad de la sociedad donde le tocó nacer, y las necesidades son distintas en las distintas épocas y lugares.

¿Cuáles son nuestras necesidades que requieren de una Academia de Ciencias?

Reconocer la labor de algunos hombres que alcanzaron un lugar de relieve, habría contestado más de alguien.

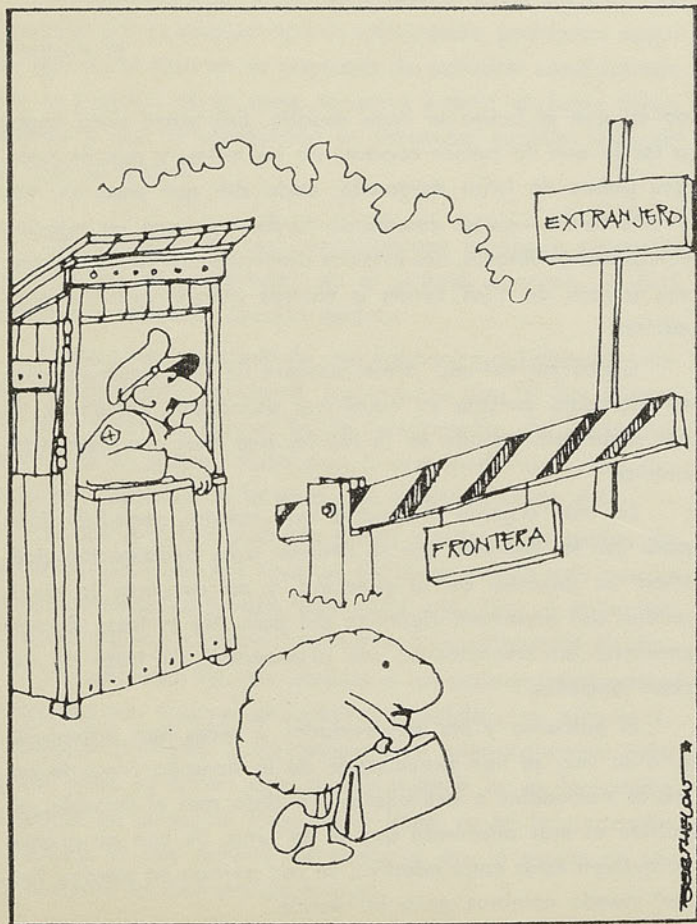
Hacer un reconocimiento oficial de los que en el pasado se supone fueron vanguardia intelectual de su época, en sí no está mal; tal acción no sería sino una elegante expresión de cultura civil. Empero, con ello no avanzamos, sólo mostramos lo que fuimos. Muchísimo más importante que mirar el camino que se ha hecho al andar, es preocuparse del cami-

no en que el futuro se hace pasado. Esforzarse para llegar a ser lo que no fuimos capaces de ser antes, y que en nuestros países de lento desarrollo, cada día que pasa es más y más tarde —quizá demasiado tarde— ya que en relación con países poderosos, nos estamos disminuyendo; la brecha que nos separa de ellos tiende a valores progresivamente alarmantes.

Quizá me extraña oírme; siempre he sido optimista, mas el optimismo consiste en reconocer situaciones difíciles y tener seguridad, basada en la acción, que ellas son fases transitorias.

La más urgente necesidad que nuestra sociedad tiene para con los hombres que se dedican a la investigación científica es salvarlos de su extinción, y así asegurar la continuidad del desarrollo científico del país. No se trata de una creencia; las creencias no son argumentos. Se trata de hechos tangibles.

El gobierno y las universidades a veces han provocado y, a su vez, se han preocupado de la llamada fuga de cerebros nacionales o extranjeros. Yo diría que el vocablo expulsión es más adecuado que el de fuga. Se van no porque no quieren estar entre nosotros, se van porque no pueden "estar" siendo cerebros para la ciencia.



Curioso es anotar que los que quieren irse no pertenecen a un grupo; son políticamente de distintos bandos, aún de los extremos. Unos eligen unos países, y otros eligen otros países, mas todos ellos se quieren alejar del continente latinoamericano. ¡Hasta cuándo espera Latinoamérica!

Hay otro grupo que el país también está perdiendo. No se ha hecho notar con suficiente énfasis el caso de los que no se van y dejan de ser poder de inteligencia creadora en la ciencia. Dejan de serlo, porque a veces nuestro ambiente parece no comprenderlos. No me refiero sólo a los medios económicos, me refiero a la necesidad de darle a cada uno un sitio adecuado, con deberes, derechos y poderes que justamente le correspondan.

¿Qué se hacen los que han profesado las ciencias y las abandonan, quedándose en el país?

La respuesta es múltiple. Yo sé de muchos, que siendo investigadores y profesores universitarios, son lentamente absorbidos por la docencia a causa de una equivocada política muy común entre las directivas de nuestras universidades. Aumentan el número de alumnos, multiplican las escuelas y así abusan del personal que debe dedicarse a la investigación. Creen hacer bien a la comunidad y dañan profundamente la vertiente de nuestro progreso económico, la actividad científica y tecnológica del país.

Entre este conjunto, que de investigador se transforma casi exclusivamente en docente, hay muchos que van perdiendo

do lentamente el entusiasmo por el actuar en las ciencias. No se trata que no lo hayan tenido; se les exige un amor muy intenso para resistir, y no todos pueden amar hasta lo imposible.

Hay otros, que aún en el comienzo de sus vidas de investigadores, parece que se desilusionan o, por lo menos, se comportan como desilusionados, y, sin embargo, no abandonan el cargo de investigador que la sociedad les otorgó. Quizá la elección no fue apropiada, es relativamente fácil que así suceda. Mas es difícil revocar la decisión por la equivocada legislación de inamovilidad. La sociedad directa o indirectamente, está controlando el cómo sus miembros desempeñan sus funciones. Los docentes son controlados por sus alumnos, aunque no siempre se haga con justicia.

En las universidades latinoamericanas no es costumbre y de hecho no se acepta el control que se debe hacer de la labor desempeñada por los investigadores. Ellos se sienten dignos y poseedores de derechos que, en general, la comunidad no otorga a los hombres, y saben que su posición está prácticamente asegurada por reglamentos inapropiados. Los desilusionados de la ciencia, por razones de incapacidad o cualquier otra, dedican parte de su tiempo a la administración o a la política universitaria.

Pienso que hay otros hombres de ciencia que, teniendo lo necesario para dedicarse a la investigación, son atraídos

por el poder. No me refiero al poder que debe tener un hombre de ciencia; me refiero al poder que tienen los que se dedican a la administración política o de otro orden. Quizá a veces lo hacen para procurar más comprensión de nuestra sociedad para con los científicos, o quizá a veces lo hacen por deseo personal de adquirir este tipo de poder. Desgraciadamente, algunos se quedan en la Universidad, y este poder lo ejercen desde ella, y la están transformando en una eficiente arma de colonización ideológica.

En Italia se está dictando una ley que obliga dejar la cátedra universitaria al profesor que, elegido miembro del poder legislativo, acepta tal designación. Entre los de alma latina, es una señal necesaria. Los profesores universitarios no deberían aspirar, y mucho menos tener, poder político o sectorio; ello los priva de la libertad en el actuar. Me refiero al poder y no al poseer ideologías o creencias.

Ya dijimos, hay científicos que se fueron o que se están yendo; hay otros que se han quedado, pero que han abandonado la ciencia.

Hay un tercer grupo que, quizá, ha tenido mejor suerte. Yo me encuentro entre ellos. Suerte que resulta de numerosos factores que se juntan en un espacio y en un tiempo determinado. En mi caso creo conocer algunos factores.

Muy joven quise ser investigador de una disciplina, de la cual nunca me he arrepentido, ni aún he dudado. Mi labor

de investigador me ha colmado de satisfacciones. Numerosas vivencias me permiten afirmar que para lograr tales recompensas ha sido necesario tener paciencia, trabajar y el arriesgar caídas que involucran fracasos temporales.

Me imagino que los alpinistas que han escalado los Himalaya tienen vivencias similares; al llegar a lo más alto de la tierra, compensan sus angustias de muerte con plenitud de vida obtenida por riesgos que se suceden hasta la cima.

Hay otros factores en esto de mi suerte.

Me incorporé por razones que parecían meros accidentes secundarios a una institución universitaria cuyo Rector, sin tener ninguna formación científica, poseía cualidades intelectuales que le permitían percibir que si su institución no contaba con investigadores, nunca llegaría a ser Universidad. En una época en que parecía imposible dedicarse con toda la responsabilidad y entregando todo su tiempo a la investigación, él me procuró los medios para iniciar y para seguir avanzando en mi trabajo.

En este mirar hacia el pasado, no puedo olvidar a mis maestros; me obsequiaron su saber. Entre ellos, debo recordar a un español, a un norteamericano y a un mexicano. Recibí sus generosas influencias y, en mi vida, he tratado de desarrollarlas y llevarlas más adelante con mi propia personalidad. Ellos estaban, había otros que también estaban; a ellos yo los elegí, y esa fue mi suerte. Hay otro, mi primer maestro,

a quien no elegí y me dio ventura inagotable. Fue profesor de neurología y psiquiatría de la Universidad de Chile.

Si me preguntan, y los medios para investigar, ¿cómo fueron obtenidos?, la respuesta es vulgar. Trabajando se obtienen; pidiendo sin trabajar nunca se consiguen.

Quisiera ilustrar este aserto. A comienzos de 1939, ya en viaje de regreso a Chile, y a insinuación de uno de mis maestros, el profesor Cannon, visité en Nueva York a uno de los jefes de la Fundación Rockefeller. En un comienzo la secretaria no tuvo sino inconvenientes. Yo era de aspecto muy joven y su jefe era muy importante. La carta del profesor Cannon me sirvió de llave maestra para entrar en la oficina del Director del Departamento de Investigación Médica de la Fundación. Le conté quién era, lo que había hecho, dónde iba, y lo que quería hacer. Sus respuestas evasivas se iban diluyendo por toda Latinoamérica. "Ahora estamos dedicados al Lejano Oriente; nuestras experiencias en Latinoamérica no han sido estimulantes", me expresó. Luego citó a Brasil, citó a Cuba; Chile todavía no había sido considerado. Repentinamente interrumpí su relato y le dije: "Yo iré a Chile, trataré de trabajar con lo que allí encuentre, le enviaré aunque sea un borrador de los experimentos alcanzados y, junto a ello, la petición que ahora le deseaba formular". Dieciocho meses después, el personaje de la Fundación apareció en Los Cerrillos. Yo era el único que lo esperaba. Del aero-

puerto me pidió llevarlo inmediatamente al laboratorio y, en cuanto entró en mi oficina, sacó una libreta de notas y me dijo: "¿Qué equipo desea?".

Siempre me he sentido libre para realizar mis investigaciones, nunca he aceptado condición alguna. He elegido el tema que más me ha atraído, he demorado en desarrollarlo, lo que supongo naturalmente podría haber demorado. Sin embargo, cada vez que he solicitado una ayuda, sabía de un algo implícito, de que en algún tiempo prudente alguna publicación resultaría del trabajo, y una justa referencia a la institución que me ayudó, quedaría impresa.

El caso que les voy a relatar es diferente. Yo no solicité la donación, yo fui elegido. Y solamente prometí trabajar, y, créanme, nunca he trabajado más que durante esos años.

En 1958 me llegó una carta que decía:

"¿Qué haría usted si recibiese una donación como ayuda para sus investigaciones?". Mi respuesta fue sencilla: "Continuaría trabajando y no dudo que con vuestro ofrecimiento obtendría mejores y más rápidos resultados".

"Ahí la tiene, y úsela según su criterio, y no nos dé cuenta de los gastos efectuados", decía la respuesta.

Por más de veinte años había continuado una línea de investigación, a la que, como uno más, me incorporé cuando llegué al Departamento de Fisiología de la Escuela de Medi-

cina de la Universidad de Harvard, en 1936. Ahí se estudiaba la hipersensibilidad por denervación.

Difícil es acabar con una línea de trabajo; sería como llegar al infinito. En la vida de un investigador, accidentes inesperados lo pueden hacer tomar un rumbo diferente al que se había trazado; lo frecuente es que los nuevos rumbos deriven desde el camino primitivo, aunque parezca distinto. El avanzar en profundidad lleva al investigador a una altura que le permite más fácil visión de las interrelaciones que una determinada ruta tiene con otras.

Así, del estudio de la hipersensibilidad por denervación, vislumbramos la posibilidad de plantear una similitud entre el mecanismo de ella, con el aprendizaje y la memoria. Ambos procesos tienen un curso temporal parecido, y muy diferente al de otras funciones del sistema nervioso.

Ahora, para pasar de una etapa a la otra era necesario un reposo en nuestra actividad; un cambio de técnica, un cambio del material en que trabajábamos, un cambio de la literatura que conocíamos, y necesitamos nuevos equipos. Y todo aquello nos parecía difícil de obtener.

No quise seguir en este pensamiento, ya que a cada instante el fantasma de los medios económicos detenía mi avance. Decidí esperar, y la espera fue corta: me llegó la carta de la que hice mención; venía del Presidente de la Fundación Guggenheim, y el proyecto de investigación se ini-

ció de inmediato. El comienzo fue lento y difícil. Habíamos decidido utilizar preparaciones más simples, con la idea de buscar la estructura mínima que pudiese retener el pasado y, por lo tanto, aprender. Elegimos, en lugar de nuestro querido gato, la horrible cucaracha.

Así pasaron cerca de tres años, y de nuestro laboratorio no salía publicación alguna. Parecía que habíamos desaparecido del ambiente científico. Es fácil a veces equivocarse al juzgar la labor de los hombres por el número de trabajos que ellos publican, y es común valorar al investigador por la cantidad de páginas que ha escrito. Sabemos que pueden pasar varios años de intenso trabajo y de pocas publicaciones; situación que puede no ser fácilmente comprendida por instituciones que otorgan los medios para el trabajo. Nosotros no teníamos aquella preocupación; tenían confianza en que trabajaríamos, y eso les bastó.

Años después supe que el Presidente de aquella Fundación, el doctor Henry Allen Moe, había leído en el "New York Times" de octubre de 1957, una carta al editor, firmada por el profesor Selye del Canadá, discutiendo una preocupación que desde hacía mucho tiempo acompañaba a Mr. Moe. La carta decía: "Sería conveniente que los encargados de otorgar medios para las investigaciones científicas examinaran no sólo los proyectos presentados, sino que examinaran también a los solicitantes (sus vidas, sus habilidades técnicas, su poder

de observación, y aún aquellas vagas esperanzas que no pueden expresarse por escrito), con el objeto de probar si algunos científicos pudieran dar mejores frutos con menor supervisión". Mr. Moe hizo el experimento; fue autorizado para entregar cinco donaciones similares.

Sin la ayuda recibida de instituciones nacionales y extranjeras, creo que no habríamos podido alcanzar lo que hemos realizado. No sólo creo; estoy seguro de ello.

Hoy la ayuda que viene de fuera es menor, y hoy, por prejuicios, se opone resistencia no sólo a recibirla, sino que se trata de impedir que otros la acepten. Pensamiento que está presente en algunos de aquellos que no se cansan de defender y abusar de la autonomía universitaria —de la autonomía de cada uno de los profesores; autonomía de su pensar y proceder.

Digo, la ayuda de fuera ha disminuido. Felizmente, han aparecido en Chile fundaciones nacionales y la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica. En mi laboratorio vi nacer una fundación nacional, la Fundación Gilde-meister. Fue la consecuencia de la generosidad de sus fundadores y del hecho de que ellos conocieran, muy de cerca, la dificultad que había para realizar trabajos experimentales.

Hasta ahora las universidades han constituido el lugar donde nuestros científicos han trabajado. Ahí han encontra-

do comprensión y ayuda. Ahí se han generado casi todos ellos, y ahí han continuado. Deseo, con vehemencia, que este sistema perdure; deseo que sean las universidades los lugares más propicios para los investigadores.

Lo deseo, porque ahí se puede entregar a inteligencias jóvenes, que quieran entrañarse en el hacer de la ciencia, lo que hemos heredado, y lo que hemos podido aportar.

Sólo de esta suerte se puede asegurar un devenir científico. Además, todos sabemos de la benéfica influencia intelectual que los jóvenes ejercen sobre los adultos.

¿Por qué están en peligro los hombres de ciencia? ¿No existen, acaso, las universidades?

Sí, existen, pero en ellas tiende a crearse una atmósfera inapropiada para el trabajo científico. No es un problema de las universidades de Chile, es un problema de las universidades de casi todo el mundo. Hace muy pocos meses, un ilustre investigador de la Universidad de Harvard me expresó: "La Universidad no es ahora el sitio más adecuado para hacer ciencia; yo me voy lejos de ella; trabajo por seis o siete meses en un laboratorio aislado del mundo y vuelvo después a la Universidad a dictar mis clases, a escribir mis trabajos, a asistir a reuniones, a considerar problemas, en su mayoría triviales. No veo qué podría hacer pasando todo el año en este ambiente que está dificultando nuestra labor".

¿Por qué el ambiente se está haciendo difícil?

Ya he dado algunas razones; ya he dicho por qué algunos hombres de ciencia quieren irse del país. Hay en todas ellas un factor común muy importante, al cual no se le ha dado suficiente valor. No se respeta el tiempo que el investigador debe disponer para su trabajo. Todos se permiten interrumpirle. Se cree que la investigación puede hacerse otro día, y que da lo mismo, y así pasan y pasan los días. Se cree que cualquiera reunión es más importante que el trabajo de investigación.

Todo esto sucede aún en una Universidad de ritmo normal. Ahora, si a ello agregamos los movimientos de reforma universitaria; si a ello agregamos las repercusiones de situaciones políticas que interfieren con la Universidad; si a ello agregamos las huelgas de los estudiantes, que no permiten a los profesores entrar a laboratorios o bibliotecas; si a ello agregamos las huelgas del personal administrativo, o de los trabajadores de la Universidad, que cierran los laboratorios y abandonan los viveros, debemos concluir que no existe el ambiente mínimo que un investigador requiere para realizar su obra.

No estoy diciendo que las reformas o huelgas sean justas o injustas. Tendría que pronunciarme en cada caso. Estoy diciendo que es injusto que el trabajo científico tenga que pagar tributo por huelgas o reformas. No se trata de que esto suceda alguna vez, esto está sucediendo muchas ve-

ces y en forma continuada. No vemos un futuro inmediato más promisorio. Todo lo contrario, vemos que cada día aumentan las dificultades y los quehaceres no científicos de los hombres de ciencia.

No puedo olvidar la frase del Presidente de Alemania Occidental, Dr. Heuss, cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, dijo que para sacar a Alemania de la difícil situación, debería devolverse "la tranquilidad y el tiempo que los hombres de ciencia requieren para sus investigaciones".

Esa tranquilidad y ese tiempo están abandonando el ambiente universitario. Es esa tranquilidad y ese tiempo lo que nosotros estamos clamando por volver a tener.

Se me dirá que pretendo encerrar de nuevo al científico en su torre de marfil.

¿Por qué tanto miedo a la torre de marfil?

Lo que la sociedad exige de un científico es que trabaje en ciencia; todas las otras obligaciones que él pueda tener frente a la comunidad son las mismas que tiene cualquier otro hombre. La sociedad ha invertido dinero en formar al científico; lo mantiene, y le da los medios para su trabajo; debe, entonces, procurarle el ambiente más adecuado para que él produzca; si es la torre de marfil, que se encierre en ella.

¿Qué espera la sociedad de un minero que trabaja en

una mina de carbón? Espera que obtenga carbón, y sólo lo logrará en su negra torre de marfil.

Este ejemplo trivial tiene una intención. Deseo expresar mi preocupación ante el hecho que muchos, en los países de lento desarrollo, no muestran interés en hacer mejor lo que la comunidad les encargó hacer. En cambio, dedican demasiada energía a intervenir en la labor de los otros y, muy especialmente, en criticarla. La crítica no es un derecho natural; es un derecho adquirido por la eficiencia con que se realiza el hacer del cual se es responsable.

No obstante, afirmo que los hombres cuyas inteligencias muestran actividad creadora, no deben permanecer neutrales frente a los problemas que más preocupan a la Humanidad en una determinada época. Creo que debe exigírseles una actitud y una ayuda intelectual; mas, para ello, no veo que tengan que abandonar la torre de marfil, pues desde ahí pueden enviar su pensamiento. ¿No lo han hecho así los filósofos, los que analizaron el mundo, y los que lo analizaron y quieren cambiarlo?

Tanto interés en defender la labor de los que se dedican a la ciencia. ¿Es acaso necesario que haya actividad científica en nuestro país?

Mackenzie, refiriéndose a la concepción de William Harvey sobre la circulación de la sangre, con británica sagaci-

dad, anota: "La aceptación de su teoría demoró 30 a 50 años y fue más lenta en el Continente que en Inglaterra". El mismo dijo que su teoría no sería aceptada por ningún hombre de más de 40 años. Los médicos de su tiempo sostenían que las nuevas ideas sobre circulación de la sangre no habían curado ni un solo paciente.

A pesar de que hoy —más de 300 años después de Harvey—, parece increíble una actitud semejante, no estoy seguro totalmente de que en países de menor experiencia cultural que Inglaterra, no esté todavía presente un algo de aquella actitud de resistencia frente al progreso científico, o que no quede alguna estela del criterio de evaluar los nuevos conocimientos por el hecho de que ellos puedan o no curar un paciente.

Me tocó vivir la época en que se postulaba, en el significado exacto de este vocablo, que los hombres de ciencia estaban de más. Se me decía que ser investigador en fisiología era imposible en nuestro ambiente, que nunca iba a ser comprendido, que nunca podría obtener los medios ni para subsistir ni para trabajar. Veinte años después, se me culpaba de no haber preparado suficientes fisiólogos para las necesidades del país. Lo que se pensaba que no servía, resultó ser de utilidad.

Hoy nadie duda que la investigación es un algo esen-

cial para la comunidad, pero ahí se quedan. No saben por qué es esencial y parecen no interesarse en el porqué.

Sin embargo, todavía se oye decir: "Chile es un país pobre; no es conveniente que algunos jóvenes de valer se dediquen a la investigación. Dejemos que los poderosos nos den los conocimientos y veamos nosotros cuál de ellos se puede aplicar para el bien de nuestra comunidad". Triste futuro para un país poblado por personas que así piensan —país que no tendría ningún lugar en la expresión intelectual ecuménica—, país intelectualmente esclavo.

He dicho que se ha llegado a pensar que bastaría con aplicar los conocimientos adquiridos en otra parte.

¿Podría un país aplicar los conocimientos adquiridos en otros países, si no poseyera sus propios hombres de ciencia?

Si no se tiene puertos, no pueden llegar barcos, ni aviones, trayendo lo que afuera se produce. Si no se tiene receptores, no se puede oír lo que se transmite desde lejos.

Supongamos, por un instante, que la contribución de los científicos de Chile al saber del hombre fuera tan insignificante que, prácticamente, este saber no variaría si no hubiese ciencia en Chile. Podríamos pensar, entonces, tienen razón los que insisten que en nuestro país bastaría con aplicar conocimientos importados. Mas ellos olvidan un hecho fundamental: el puerto, o receptor, para los nuevos conocimientos es sólo

el hombre de ciencia, y es sólo hombre de ciencia, el que contribuye a hacerla más y mejor.

Se me podrá decir: ¿No bastará con los tecnólogos? Se cometería otro error. Los tecnólogos necesitan de una atmósfera dada por la ciencia fundamental y por su aplicación. Si no hay ciencia, ellos no tendrían techo y desaparecerían por las inclemencias del tiempo.

¿Qué solución se ha dado en otros países al problema expuesto?

Al decir de muchos, no ha sido la mejor: dar tiempo y tranquilidad a los científicos dentro del ambiente universitario.

La solución ha sido, como en la Unión Soviética, la creación de Academias de Ciencias. Ellas son verdaderos institutos de investigación, y no reuniones formales de sabios y re-

tirados del saber activo. Ha sido, como en Europa y en los Estados Unidos de América, la creación de instituciones estatales o privadas dedicadas a cobijar a los científicos que ya no pueden laborar en las universidades.

Una solución interesante es la ocurrida hace pocos años en Nueva York. El Instituto Rockefeller, una institución dedicada sólo a la investigación, se transformó en la Universidad Rockefeller. Mas no es una Universidad clásica, ella sólo recibe graduados.

Es ya tiempo que en Chile se medite sobre este problema. Yo sé que la Academia de Ciencias se está preocupando del peligro en que se encuentra la investigación científica de nuestro país, y es mi anhelo colaborar en la búsqueda de una justa solución.

EPILOGO

Barcia, en su diccionario dice que doctor es el que usa borla y docto es el que sabe. En parangón, al decir de Barcia, yo diría que se puede llegar a ser académico después de una vida, o se puede llegar a ser miembro de una Academia después de una elección. El cómo llegué a serlo lo saben los académicos que me han precedido. Si se han equivocado por benevolencia injusta, tendrán que arrepentirse y tendrán que cargar con el peso de mi estar con ellos.

Señores académicos: En mi sincero agradecimiento por haberme invitado a formar parte de la Academia de Ciencias del Instituto de Chile, sería vulgar recurrir a frases hechas; ellas no llevan el pensar propio. La vida nos ofrece continuamente numerosas situaciones difíciles como un desafío por comportarnos de acuerdo con valores éticos que afirmamos sustentar.

Aparentar modestia al recibir un título académico es muy fácil y no creo que es elegante hacerlo. Quiero expresar, sin embargo, mi asombro al no ver en la Academia a otros que deberían estar en ella antes de estar yo.

Señoras y señores: Termino instando a los poderes que existan a no imitar a los personajes de la pintura de Brueghel: al labrador, símbolo del que sólo se ocupa de su labor; al pastor, símbolo del desinterés, y al pescador, símbolo de la entretención.

Si Icaro, por falta de alas, pierde altura, estén prontos a mantenerlo en su vuelo hacia la libertad. La libertad económica de un pueblo depende de la altura a que vuelan su ciencia, su tecnología y su arte.

Santiago, 20 de marzo de 1969.

**discurso de inauguración
del año académico
1969**

**facultad de medicina
u. católica de chile**

La inauguración del año académico 1969, en cualquiera Universidad de cualquier país, tiene características muy propias, precisamente por ser el año 1969. El futuro lo verá como uno de los años del inicio de un violento movimiento de toda la juventud universitaria mundial en actitud de rechazo de los fundamentos de la sociedad actual.

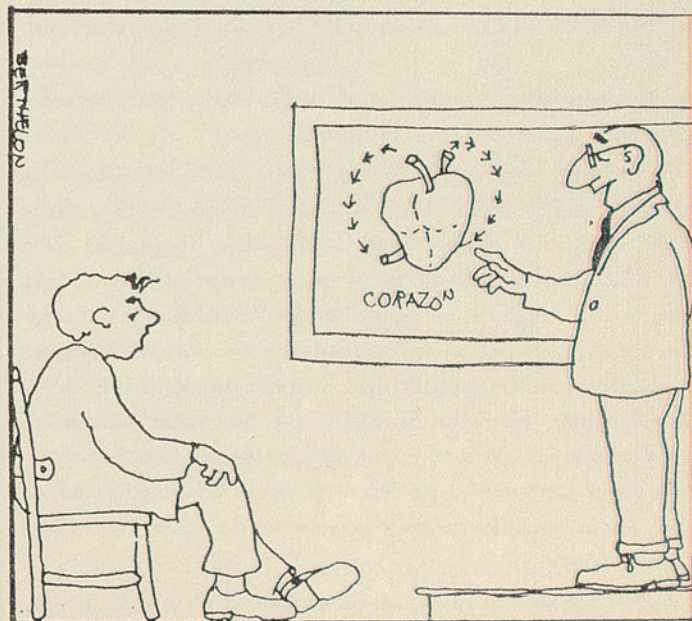
En el caso de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile, 1969 también constituye, por otros motivos, un año especial. El pertenece al grupo de los años que ven desaparecer a la vieja guardia de profesores. Algunos ya se fueron irreversiblemente, y otros se están retirando para dejar pasar a los más jóvenes, a inteligencias más lozanas. Este pasar evitará que la Facultad se enmohezca por la rutina que puedan imprimirle, a veces sin querer y a veces sin saber, los que han trabajado por ella desde hace cuarenta años.

Ellos, los más jóvenes, miran hacia lo que irá pasando. Nosotros también dirigimos nuestras miradas hacia el camino que hicimos al andar, porque de él somos los más responsables, aunque no los únicos.

Por pertenecer al grupo de los fundadores de la Escuela de Medicina, el Decano ha creído que yo puedo contarles el comienzo y las primeras etapas de la vida de la Facultad. Ustedes que están esculpiendo el futuro de ella, necesitan

conocer su pasado: un pasado rico en alegrías, un pasado pobre en penas.

Antes de entrar de lleno en la semblanza del inicio de nuestra propia Facultad, deberíamos recordar algunos momentos de relieve de la historia de la enseñanza de la medicina en Chile.

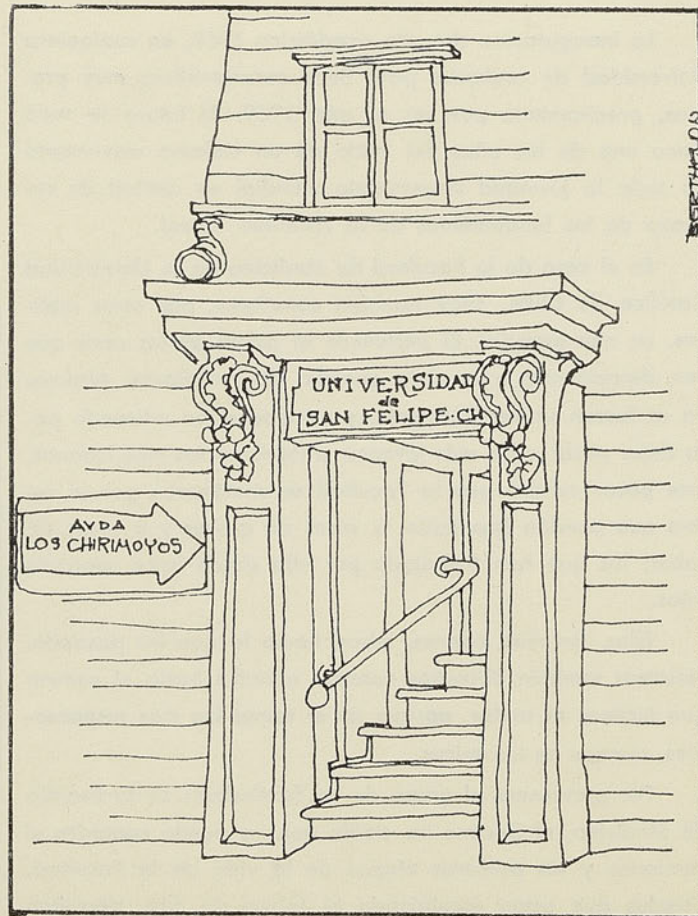


Olvidando la medicina autóctona, el primer intento de enseñar medicina en Chile se lo debemos al médico francés doctor Domingo Nevin, protomédico de la cátedra de prima medicina. Vicuña Mackenna, al referirse a la obra de Nevin, dice: "Y a la par con la propina (el sueldo de 30 pesos mensuales) iba su trabajo universitario, porque a virtud de la insensata preocupación que despreciaba las artes liberales por el ocio presumido de los ignorantes y de los mayorazgos nunca alcanzó a tener su cátedra más de uno o dos oyentes. Fue por esto cuestión de cerrarla a poco de haberla establecido".

Estamos mirando hacia la primera Universidad chilena, por allá en el año 1756.

La Real Universidad de San Felipe se fundó gracias al esfuerzo de don Tomás Ruiz de Azúa e Iturgoyen. Este ilustre varón de la muy noble ciudad de Santiago, regresó al reino de Chile alrededor de 1740, y con él venía la Real Cédula, firmada por Felipe V en San Ildefonso, autorizando la creación de la primera Universidad en nuestro país. El Rey tuvo cuidado en precisar que el ramo de balanza daría sólo 5.500 pesos anuales, en lugar de 6.000 que le habían sido solicitados. Hablando de dinero, no deja de ser curioso hacer notar que la Universidad de San Felipe estaba ubicada en un local en la esquina norte y oriente de la calle "del Chirimoyo".

Don Tomás Ruiz de Azúa, además de la Real Cédula y de



su valija, traía un sobrino, don Bernardo Martínez de Luco y Ruiz de Azúa. Fue el primer Luco llegado a "Finis Terrae". Don Tomás llegó a ser el primer Rector de la Universidad de San Felipe, y don Bernardo se quedó de sobrino.

Cátedra de prima medicina significaba la enseñanza de todas las ramas de los estudios médicos impartida por un solo profesor. Hoy no nos extraña que así fuere; sucedía a mediados del siglo XVIII. Quizá nos extrañaría que hubiese ocurrido en el siglo actual, y casi ocurrió, y en nuestra propia Escuela.

Con el advenimiento de la Independencia, la Universidad de San Felipe desaparecía lentamente y, en 1813, aparece el Instituto Nacional como la institución de enseñanza más importante del país.

En 1833, se inaugura en el Instituto Nacional un curso de ciencias médicas de seis años de duración. Dos años correspondían a ramos preclínicos y cuatro a ramos clínicos. Se nombraron cuatro profesores para dictar todas las asignaturas.

En 1839, se decreta la caducidad de la Universidad de San Felipe y se establece en su lugar una casa de estudios generales, la Universidad de Chile. De hecho, sólo se creó en 1842.

En 1926, la Universidad de Concepción funda su Escuela de Medicina. Luego, en 1930, se abre la nuestra. Recien-

temente, en 1965, se inician los cursos de medicina de la Universidad de Chile con sede en Valparaíso y, por último, en 1967, la Universidad Austral crea la quinta Facultad de Medicina del país.

Ahora, algo del inicio de nuestra propia Escuela.

Muchos de los comentarios durante la gestación de esta Escuela los pude conocer gracias al ambiente médico en el cual yo vivía. La Dirección de la Universidad quería formar médicos católicos y postulaba que ellos tenían que ser mejores que los "no creyentes", como se designaba a los otros. El comienzo fue difícil; muchos de los médicos católicos preexistentes se sintieron ignorados. Ellos, a su vez, postulaban que, por ser "creyentes" y tener cierta "fama social", tenían que ser buenos profesores de la Universidad Católica.

Este grupo de médicos ignorados, más un grupo de los "no creyentes", constituían la oposición médica a la creación de una Escuela de Medicina en la Universidad Católica. Mas, ellos se oponían frente a un poder realizador casi invencible, el nunca bien ponderado don Carlos Casanueva. El Rector de la Universidad Católica aseguraba oficialmente que trabajaba en compañía de la Divina Providencia. De hecho, la Escuela abrió sus puertas casi antes de que hubiese donde estar.

El Rector tuvo ayuda de muchos profesores de la Universidad del Estado que preveían la urgente necesidad de

crear otra Escuela de Medicina; la de la Universidad de Chile estaba plétórica de alumnos, y la necesidad de médicos del país iba en aumento. Recuerdo, entre otros, a Carlos Monc-

keberg, a Carlos Charlin, a Eduardo Cruz Coke y a Eugenio Díaz Lira.

Circunstancias accidentales favorecieron la realización. Un hijo del muy famoso protomédico don José Joaquín Aguirre, Roberto Aguirre Luco, profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, había sido recientemente expulsado de su cátedra por un dictador militar. El Rector de la Universidad Católica aprovechó el estado de ánimo del doctor Aguirre Luco y así lo vemos figurar como el primer profesor de anatomía humana de nuestra Escuela. Don Roberto era generoso y modesto, y solía decir: "Yo soy un buen profesor de anatomía porque sé muy poco de ella". El antiguo personal de la cátedra del doctor Aguirre Luco de la Universidad de Chile pasa a la Universidad Católica; se incorporaron Rodolfo Rencoret, Ricardo Benavente, Eduardo Keymey, José Estévez y otros.

La cátedra de biología no era fácil llenarla. Tocó la casualidad que un biólogo beneditino alemán se encontraba de paso en Chile; trabajaba en Concepción al lado del profesor Alejandro Lipschutz. El padre Rahm vino a Chile a buscar tartígrados y encontró una cátedra de biología por tres o cuatro años. Se necesitaba gente de empuje académico para ayudar al padre Rahm. Felizmente existían Roberto Barahona y Arturo Atria; eran alumnos del quinto año



de Medicina y ayudantes por dos o tres años del doctor Juan Noé.

Varios años después que el padre Rahm había abandonado Chile, llegó la noticia de que había sido ingerido por los antropófagos en el continente negro; lo creímos de inmediato, era su muerte natural más probable. Por supuesto, hubo una misa de réquiem, y varios meses después supimos que se alojaba en un convento en la ciudad de Nueva York.

Física no había en nuestro país, y para cumplir con las imposiciones de la Universidad del Estado, se importó un francés. Monsieur Gremau dictaba las clases en su idioma original y los alumnos estudiaban por los apuntes de la Universidad de Chile.

La cátedra de química, otra de las disciplinas abandonadas por los chilenos de esa época, fue desempeñada por largos años por el profesor de química de la Universidad Católica, don Emilio Macuer. Por último, para cumplir con el plan, un "curita" dictaba clases de religión.

En 1931, había que poner en marcha el segundo año. El tercero se inauguraría cuando la Divina Providencia lo dispusiese a través de un lento extinguir de santas señoras cuyas almas estaban al cuidado de don Carlos. Eran longevas y hubo que esperar hasta 1942.

Cuatro eran las cátedras oficiales del segundo año: ana-

tomía, fisiología, histología y parasitología. En este programa oficial está en parte impresa la gran influencia que tenía el doctor Noé en la Facultad estatal.

Anatomía no fue problema; la cátedra estaba funcionando desde el año anterior. Fisiólogos no había en Santiago. El doctor Francisco Hoffman se encontraba estudiando en Europa. La investigación en fisiología había aparecido en nuestra tierra gracias a que la Universidad de Concepción contrató en 1926 a un brillante científico, el profesor Alejandro Lipschutz.

La cátedra de fisiología constituyó por largos años un difícil problema en la enseñanza médica. Lucas Sierra, en sus "Cien años de enseñanza de la Medicina en Chile", llega a la conclusión que la cátedra de fisiología a fines del siglo pasado "tuvo una mala estrella y un largo vía crucis".

La mala estrella y el largo vía crucis obligaron a la Universidad Católica a contratar un profesor extranjero. Se eligió un joven fisiólogo español, hijo del profesor de fisiología de la Universidad de Barcelona, quien por sus estudios e investigaciones debía ser una promesa para el futuro de nuestra Facultad. La promesa fue luego una realidad duradera.

Yo inicié mis actividades en esta institución como ayudante de fisiología. Mi primera tarea fue esperar sentado en un banco de la Estación Mapocho la llegada de Jaime Pi-Suñer desde Europa, hace justo 39 años. Por ahí entraban

a Santiago los que venían del extranjero. Con Ignacio Matte, Julio Santa María, Arturo Larraín, Sergio Rodríguez, Fernando Huidobro, Arturo Rodríguez y Salvador Palma formamos en el banco de la estación un grupo de soñadores optimistas. El fogoso Pi-Suñer se bajó del tren junto a la delicada Mercedes y en compañía de nuestro querido ex Decano, don Cristóbal Espíldora.

La escuela que al día siguiente visitamos con Pi-Suñer estaba lejos del resto de la Universidad; había que pasar por el lado del jardín prohibido por don Cucho, celoso cuidador de las flores de la capilla, y había que atravesar un largo potrero con un tilo hermoso, el mismo tilo que ahora se está muriendo para que los actuales alumnos de la Universidad puedan vivir alimentándose.

En ese mismo día se inició la labor en el laboratorio. El doctor Pi-Suñer reunió a todos los ayudantes y discutió primero el plan de trabajo de investigación científica y luego el tenor del curso de fisiología que se debía dictar a los estudiantes de una Escuela de Medicina.

Para la cátedra de histología se nombró un distinguido obstetra, el doctor Albertz, que había hecho estudios de anatomía microscópica en Europa mientras realizaba cursos de su propia especialidad. Era el médico que enseñaba también con entusiasmo, lo que no era propiamente su principal interés.

La enseñanza de parasitología se le encargó a un sabio

chileno, como lo llamaban sus amigos, el doctor Carlos Porter, y cuyo nombre transformado al latín quedó grabado en la designación de muchas especies de insectos chilenos. Entre sus alumnos la huella de Porter es seguramente más tenue.

En aquellos años era difícil darse cuenta cuándo se entraba al recinto universitario, si se llegaba a un colegio en edad adulta o a una Universidad en el comienzo de la infancia. El Rector era poderoso, no sólo por su temperamento, sino porque si él no hacía las cosas, las cosas no se hacían. Estuvo siempre secundado por un hombre bueno, don Francisco Vives, "don Pancho" como le llamábamos, generoso y amable. A ratos yo sentía que la Universidad tenía un papá y una mamá.

El Rector designaba a los profesores, a los Decanos, y se preocupaba hasta de los detalles más pequeños.

Don Carlos era un realizador; le preocupaban las grandes obras y las hacía con rapidez, sin muchos reglamentos ni comisiones. Frente a los detalles necesarios se defendía como una dueña de casa.

Una anécdota lo demuestra. Don Carlos vivía en las Agustinas en una alcoba inhóspita, llena de libros y con mucho "smog", de pieza de cura. Cuando alguien de la Universidad le solicitaba una estufa para defenderse del frío, él decía: "¿Por qué no usan mi sistema? Yo, en mi dormitorio, enciendo una ampolleta de 25 bujías y, con la que tengo en

mi velador para leer, la pieza queda calentita". Usaba una inmensa boca vibratoria para decir "calientita", en un tono demostrativo de lo risible que era su argumento.

La Escuela era pequeña, los profesores eran pocos, la dirección era Don Carlos, el ambiente tranquilo; pero había problemas. Uno estuvo, está y estará siempre: las reacciones temperamentales de los miembros de la comunidad universitaria. El padre Rahm nos ofreció sabrosas anécdotas al respecto.

El padre Rahm tuvo en más de alguna ocasión malentendidos con el Rector. En uno de éstos intervino Jaime Pi-Suñer. "Pues ca, hombre!", decía Pi-Suñer, "no puede ser, esto tiene que arreglarse, los dos son valores". Y se cita a una reunión en la Rectoría, entre el Rector, el padre Rahm y Jaime Pi-Suñer. Rahm llegó antes a la reunión y Pi-Suñer llegó un poco atrasado. Entra Pi-Suñer y se encuentra que don Carlos y el padre Rahm están ya llegando al suelo en una inclinación de humildad y de respeto. Entraban en otro ciclo de buena amistad, cada uno se decía más culpable que el otro. Pi-Suñer a la salida me dice: "Pues hombre, no sabía qué hacer; dos santos varones llegando al suelo, y yo de pie".

Pronto aparecieron problemas graves, los profesores extranjeros contratados van dejando nuestro país. Hoy día se diría fue una fuga de cerebros importados. Ha sido un poco



la suerte de nuestro continente latinoamericano, y nuestra Escuela no se libró de ella. Hubo que reemplazarlos; en muchas ocasiones los que estaban eran demasiado jóvenes y había que guardar formalidad frente a los adultos profesores de la Universidad de Chile que tomaban anualmente los exámenes de los alumnos en cada una de las asignaturas. Después de

un período de ensayos y errores, la Escuela fue aprendiendo lo que debía ir siendo y encontró una estabilidad evolutiva más adecuada. Roberto Barahona, profesor de biología. Arturo Atria, de embriología. Cristóbal Espíldora, de anatomía. Posteriormente, el doctor Heilmaier de profesor de física. La cátedra de parasitología se regularizó en 1942, cuando el doctor Amador Neghme se hizo cargo de ella.

Héctor Croxatto entró a la Universidad Católica de Chile en 1934 para reemplazar al doctor Ignacio Matte, profesor de fisiología, que se había ido a Europa a especializarse en el tema. El profesor ido no volvió y nunca se supo cuando Croxatto dejó de ser el reemplazante de ese profesor. Después de cuatro o cinco años se oyó decir que el profesor seguía existiendo en Europa y que volvería pronto. Ante este temor, don Carlos me llama y me dice: "A Croxatto tenemos que dejarlo en la Universidad, como sea; no vamos a tener profesores como él. Pero ¿cómo nos vamos a arreglar cuando llegue el profesor oficialmente nombrado?". Luego agregó, pensando: "Tengo una idea; hay un subterráneo en la Escuela, y acabo de comprar una casa preciosa para la Facultad de Teología", la mansión que cayó abrazada al Hospital San Borja en la remodelación que se está efectuando. "Allá, en ese palacio", continuó don Carlos, "hay preciosas salas de baño con artefactos importados de tan buena calidad que tienen que servir para un laboratorio de investiga-

ción científica. Anda e instala los tientos del toilette en el subterráneo, y ahí tienes cuatro mil pesos para los gastos".

En 1937, hubo numerosas reuniones en la Rectoría de la Universidad para discutir el futuro de nuestra Facultad. Había dos planteamientos: continuar completándola, o transformarla en una Escuela de Ciencias Biológicas. Frente a la ausencia de suficiente número de profesores preparados, la última idea se desechó y se decidió construir un hospital para retener a nuestros alumnos por lo menos en el tercer y cuarto año de medicina. En marzo de 1942, se abrió el tercer año de medicina y, en 1943, el cuarto año.

El inicio de la enseñanza clínica significó un gran esfuerzo por parte de la dirección de la Universidad. Fue necesario poseer un Hospital, y se obtuvo con la ayuda de muchos. Cada cama del hospital —y yo diría que cada pata de catre—, tenía una placa de agradecimiento.

Desde un comienzo el hospital fue insuficiente para los requerimientos de la docencia de los ramos clínicos. Desproporción que ha ido en aumento hasta llegar a las dificultades que hoy día se nos presentan.

Por otra parte, el edificio de la Escuela fue apropiado para alojar el primer y segundo año de medicina. Luego hubo que dar cabida al tercer año y, después, al cuarto. Se comenzaron a cerrar los corredores, se invadió el hall, en

gran parte ocupado por un bosque de columnas pretenciosas. La necesidad de espacio se reflejó en un comentario del Rector al tratar de ubicar el laboratorio de bacteriología, y ya referido en "Biografía de una Escuela de Medicina". Dice así: "La tradición cuenta que una autoridad universitaria, tratando de dar cabida a nuevos laboratorios en el estrecho y vetusto edificio adaptado para la Escuela, al ver un espacio no ocupado debajo de una escalera exclamó: "Ahí puede instalarse el laboratorio de bacteriología; el lugar es pequeño, pero las bacterias son tan pequeñas".

El edificio se fue achicando a pesar de que había resistido fuertes temblores. Se fue achicando porque aumentaban sus habitantes en número y en tiempo. Hubo una época en que algunos profesores sólo necesitaban un clavo para colgar el calañés y un auditorio para recitar. En 1936, había un solo profesor de tiempo completo; hoy, la Facultad tiene 48 profesores de dedicación exclusiva y 73 de dedicación casi exclusiva. Los alumnos también aumentaban lentamente y, en 1963, el cambio fue brusco; la matrícula se duplicó.

Había que irse acomodando entre las mismas paredes, hasta que en 1964 ocupamos el edificio central de la Escuela de Ingeniería. Mas este nuevo local no bastó, y el viejo edificio tuvo que dividirse gracias a su increíble altura. Llenos de frío, de ella nos quejábamos, y ahora damos gracias por el extraño criterio del arquitecto. De tres pisos y un subte-

rráneo para cadáveres, hoy contamos con cinco pisos y un subterráneo para vivos. No es que hayamos suprimido los cadáveres. Los hay, dicen que hasta momios hay, pero ellos —me refiero a los cadáveres— ocupan un lugar más propio en una Escuela de Medicina actual.

La cátedra de patología general del programa oficial se dividió en fisiopatología y anatomía patológica general. La primera, a cargo del doctor Luis Vargas, y la otra, junto con la enseñanza de anatomía patológica especial, fue desempeñada por los doctores Ismael Mena y Roberto Barahona.

Ambos venían de la primera escuela chilena de esta especialidad, que no nació en una Universidad, lo hizo en el Servicio Nacional de Salud. Para ello se contrató al profesor Westenhoeffer, en 1930. La Universidad de Concepción había tenido que invitar a un extranjero para dicha cátedra.

En bioquímica se improvisó un profesor, así se le podía pagar sueldo para conservarlo por algunos años; se pensaba que podría ser un futuro hombre de ciencias. Siete años después se nombró profesor de bioquímica al doctor Raúl Croxatto.

En farmacología varios profesores colaboraron y, muy especialmente, el doctor Fernando Huidobro.

Nuestra etapa clínica significó un cambio importante en la enseñanza de la medicina en Chile. Todavía debíamos someternos a los planes aprobados por los miembros de la Fa-

cultad de la Universidad del Estado, pero supimos burlarlos. Creamos un departamento de Cirugía y uno de Medicina. Sus jefes, los doctores Rodolfo Rencoret y José Manuel Balma-ceda, eran los primeros responsables de todas las disciplinas de ambas ramas de la medicina. Mas, como había que presentar a los alumnos a varios exámenes, los ayudantes de estas dos grandes cátedras aparecían como profesores llenando formalidades frente a las pruebas de fin de año. Cumplimos con nosotros y cumplimos formalmente con la ley.

Digo con nosotros, porque pensábamos que ya era tiempo de aplicar el tipo de enseñanza que se daba en universidades más avanzadas de otros países. Posteriormente, la Universidad del Estado aprobó un plan parecido al nuestro. Si no me equivoco, en cuatro o cinco ocasiones se repitió algo similar; nosotros comenzamos y la Universidad del Estado siguió. No se trata de que hubiésemos sido por naturaleza más progresistas; nuestra Escuela era nueva y es más fácil iniciar lo nuevo en una escuela nueva que en una antigua, llena de compromisos.

La labor de enseñanza hospitalaria fue tediosa; grandes y pequeños problemas hacían difícil su organización. En un comienzo no contamos con ayuda del Servicio Nacional de Salud. Felizmente, hoy en día se ha asignado un hospital de dicho Servicio para la enseñanza de alumnos de la Universidad Católica.

Me parecería justo en este momento recordar a muchos de nuestros profesores que hicieron funcionar los ramos clínicos, pero el tiempo no lo permite. Sólo quiero mencionar a dos ex Decanos, el doctor Cristóbal Espíldora y el doctor Rodolfo Rencoret, y a un ex director, el doctor Luis Vargas. Espíldora era un "gentleman" que tuvo elegante tino, sin ceder en lo esencial, cuidó el fiel de la balanza frente al ímpetu juvenil del Director de la Escuela. Cuando nuestro futuro era incierto, Rencoret dejó una situación estable en el Hospital San Borja para entregar todo lo que su mente y su espíritu poseían con el objeto de imprimir a la etapa hospitalaria de nuestra Facultad un desarrollo adecuado. Antes se venía a esta Universidad perdiendo seguridad, hoy se suele venir a ella en busca de seguridad. El espíritu progresista de Luis Vargas se manifestó en la organización del Hospital, tomó una estructura de un centro clínico universitario.

En 1950 aparece una cátedra nueva con su propio laboratorio, el Laboratorio de Neurofisiología Gabriela G. Gildemeister. No es un nombre más a la lista de nuestros benefactores; es un nombre que junto al de Sigfrido Gildemeister, expresan la imagen de un hacer poco frecuente en nuestro país. Un hacer el bien no a lo que fácilmente emociona, un hacer en ayuda a la inteligencia en acción de los hombres que se dedican al progreso de la medicina.

Quizá es el momento de recordar agradecido otras fun-

daciones e instituciones nacionales y extranjeras que nos han dado los medios para formar una gran parte del personal docente actual y que han sido generosas en procurarnos material de trabajo. Son tantas que me temo no conocer todas ellas. Me refiero a la Fundación Rockefeller, a la Fundación Kellogg, a la Fundación Guggenheim, a la Fundación Enrique Otero Vizcarrondo, al Departamento Científico de la Fuerza Aérea y del Ejército Norteamericano, a la Fundación Plotz, a la Fundación de la Parálisis Infantil, al Instituto Nacional de Salud de Estados Unidos, a la Fundación Dogherty, a la Fundación Oscar y Elena Braun, a la A.I.D., a la Fundación Population Council, a CARE, y a la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica.

Recordando nuestro propio clima y el que nos rodeaba entre 1930 y 1940, no debemos olvidar que vivíamos algo ignorados y, aún peor, como una organización dependiente de la Universidad del Estado. Se pensaba que éramos un apéndice de ella. Se pensaba que los profesores de nuestra Facultad no eran "profesores"; eran "doctores que hacían clases". En parte la culpa fue nuestra, teníamos temor a la independencia. Con frecuencia se oía que alguno de nuestros miembros docentes quería recibirse de profesor extraordinario en la Universidad de Chile para adquirir en el ambiente de la sociedad la calidad de profesor con mayúscula.

El exagerado control que la Universidad estatal tenía

sobre nuestra Facultad obligaba al Rector a mantener cordiales relaciones entre ambas universidades. Don Carlos también sabía cómo hacerlo.

En una elección de Rector de la Universidad de Chile, se presentaron como candidatos don Lucas Sierra, el prestigioso profesor de clínica quirúrgica, y don Juvenal Hernández. Don Carlos tenía derecho a voto por ser profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile; quizás era el único de una Facultad clausurada muchos años antes. Juvenal Hernández ganó por un voto. Nunca se supo por quien votó don Carlos; pero durante los 20 años que el señor Hernández estuvo de Rector, continuamente don Carlos le recordaba: "No se olvide, Juvenal, usted es Rector gracias a mi voto".

El reconocimiento de ser fue difícil obtenerlo y se consiguió en parte gracias a nuestros alumnos y, en parte, gracias a nuestros profesores. El doctor Sierra en su estudio histórico, escribe: "A los viejos profesores de nuestra facultad no nos es difícil reconocer a los jóvenes que han comenzado sus estudios en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica; se distinguen de ordinario por la solidez de los conocimientos que han recibido". El aporte al reconocimiento hecho por los profesores, resultó de los pocos trabajos científicos que ellos publicaron en los primeros años, y que llegaron a oídos de médicos y biólogos de nuestro país; más fre-

cuentemente como reflejo de la acogida que algunos trabajos tuvieron en el extranjero. La Escuela no era sólo un centro docente; ahí se había iniciado la labor de investigación científica que daba alma a una escuela profesional.

Ya en 1934 se creó la Academia de Biología de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica y funcionó hasta 1940. Se publicaron cuatro volúmenes con los trabajos presentados. La Academia murió junto con sus publicaciones por una eutanasia de nuestra responsabilidad. En 1939 comenzaba la vida plena de la Sociedad de Biología de Santiago de Chile y pensábamos que nuestra obligación no era encerrarnos en el claustro universitario, sino que hacer vida común con los hombres de ciencia del país, y decidimos verter nuestro aporte en dicha sociedad. Creemos haber contribuido al desarrollo de ella.

Parte del ambiente existente alrededor de los años 1940-45 fue comentado por el doctor Héctor Orrego en su discurso de apertura del año académico 1966. Se expresó textualmente: "Algunos profesores llegaban en bicicleta. Los patólogos enseñaban biología; los radiólogos, embriología. Uno de los profesores aparecía en todas nuestras clases; enseñaba: físico-química, física, fisiología, bioquímica, fisiopatología y farmacología". Era casi como en el siglo XVIII, un catedrático de prima medicina. Puede que hubiese habido otras maneras de iniciar esta Escuela. La dirección de la Universidad

eligió esa manera; la creyó más factible en el año 1930. Tal vez cualquier otro sistema habría demorado muchos años más y hoy no seríamos lo que hemos llegado a ser.

Las trabas que nos ponía la Universidad del Estado se compensaban parcialmente con la ayuda recibida gracias a la buena voluntad de algunos profesores de aquella institución. Otras trabas venían a veces del Supremo Gobierno y ellas se sumaban a nuestros problemas económicos y a la escasez de personal académico, técnicamente preparado para llenar las vacantes de docentes.

Quiero recordar un "affaire" entre un Ministro de Educación y el Rector de esta Universidad. Por razones de índole extraña a la Universidad y a los intereses del país, el Ministro pretendió cerrar la Escuela disminuyendo el número de plazas para alumnos en el primer año en un valor irrisorio. Don Carlos esta vez perdió la batalla de marzo; a pesar de ello la Escuela se abrió con 35 alumnos y el Director les hizo saber, en el primer día de clases, que si el gobierno no cambiaba de actitud, 20 de los aceptados no podrían ser presentados a examen aunque hubiesen obtenido brillantes calificaciones y los dejó en libertad de aceptar el riesgo, o de retirarse inmediatamente de la Escuela. Ninguno de ellos dejó de ser alumno nuestro. Alrededor del mes de julio, y como era de esperarlo, don Carlos logró la modificación legal que

permitía seguir formando los 35 alumnos que se habían matriculado.

Los años se fueron sucediendo y los roces con los organismos estatales fueron desapareciendo. Los "creyentes" no eran tan malos para los "no-creyentes" y, a su vez, los "no-creyentes" no eran tan malos para los "creyentes". La cultura civil universitaria mejoraba rápidamente. A pesar de ello, para obtener en 1955 nuestra autonomía docente, tuvimos que convencer a una escuela laica que deberíamos ir juntos a la lucha contra los libre pensadores del poder legislativo.

Hoy —o mejor ayer y hoy— la situación es muy distinta: todas las escuelas médicas del país se han asociado en un querer de ayuda mutua para servir mejor a sus alumnos y, así, a la sociedad que las mantiene.

No he pretendido escribir la historia de nuestra Escuela, sólo he querido esbozar el comienzo de ella. Me he detenido en momentos que de muy cerca los he vivido. Seguramente hay muchos otros que quizá son de mayor interés, pero yo no conozco todos ellos y no hay documentos para conocerlos. Hay muchas personas que yo no he nombrado y que merecían ser recordadas. Mi intención no fue confeccionar una sucesión cronológica de profesores y hechos; ello puede estar en los archivos de la dirección. Sólo pretendí dar a conocer el ambiente donde nació nuestra Facultad y los primeros pasos que ella dio; si alguna vez me acerqué a épocas más recién-

tes, se debió a la configuración del contexto de este documento. Mis referencias al Hospital, su desarrollo, su personal y sus actividades, son mínimas. Yo no me siento autorizado para hacerlas; algunos de los profesores de clínica debieran tomar a su cargo esta labor.

Antes de terminar, debo mencionar la fundación de la Escuela de Enfermería y la creación de la Escuela de Ciencias Biológicas.

La historia de la Enfermería en Chile se ha desarrollado sólo en el siglo XX. Revisando una exposición sobre los principales trabajos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, presentada por el Decano José Joaquín Aguirre, en 1877, y dedicada a "sus colegas, al cuerpo médico y al país", se encuentran desde importantes datos académicos, hasta las obligaciones que se exigían al maestro de cocina, a las lavanderas, a los veladores, a las costureras y al carretonero, sin hacer ninguna alusión a la labor de enfermería. Los veladores desempeñaban algunas funciones que hoy están a cargo de las enfermeras o dietistas. En un artículo referente a ellos, se lee: "Se prohíbe a los veladores aprovecharse de los alimentos de los enfermos, comprarles el pan, cambiarles la comida, etc."

En 1902, el doctor Moore fundó la Escuela de Enfermeras de Santiago en el Hospital San Borja. No tenía carácter universitario. De nuevo, no fue fácil convencer a nuestra

sociedad de la urgente necesidad de formar enfermeras eficientemente preparadas para labores asistenciales de responsabilidad médica. Aunque demoró en obtenerse tal convencimiento, hoy contamos con varias escuelas de alta categoría.

En 1950 se creó en el Instituto Cristo Rey la Escuela de Enfermería "Isidora Lyon Cousiño", bajo la tuición de la Universidad Católica. En 1955 pasó a formar parte de nuestra Facultad.

Se aprovechó parte del personal docente de la Escuela de Medicina. La enseñanza se ha ido adecuando a las necesidades que exige una escuela de enfermería universitaria. La dirección ha estado a cargo de la señora Alicia Padilla, del doctor Jorge Lewin, de Sor Paula Puelma y de la señora Lillian Viveros. A esas personas debemos en gran parte el desarrollo y prestigio que actualmente tiene la Escuela.

En marzo de 1952 se inauguró la Escuela de Ciencias Biológicas perteneciente a la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile. Recordando nuevamente a Vicuña Mackenna, los primeros estudios de medicina de nuestro país se iniciaron en un ambiente de "insensata preocupación que despreciaba las artes liberales por el ocio presumido de los ignorantes y los mayorazgos". En parangón con este decir, nuestra Escuela de Ciencias Biológicas nació en un clima de sensata preocupación que despreciaba las artes

liberales por un genuino interés de hacer progresar la actividad científica de Chile, tomando a ella como una labor de responsabilidad profesional.

Algunos de los escollos que se oponían a la creación de una Facultad de Medicina también los encontramos, y más señalados, frente al inicio de una Escuela de Ciencias Biológicas. A ellos se agregan otros. La sociedad no dudaba de la necesidad de médicos y enfermeras preparados; en cambio, frente a los hombres de ciencia, en los tiempos en que se creó nuestra Escuela, no se sabía que podían y debían existir en Chile. Nuestros jóvenes estudiantes, una vez convencidos de optar por esta ruta, debían convencer a sus padres que también es útil la ciencia en un país. Esta desconfianza ambiental, hacía aún más oscuro el futuro de aquel que dejaba los estudios médicos para dedicarse a la investigación científica. En pocos años la tensión del ambiente fue amainando, sea por convencimiento, o por "snobismo". La sociedad ya no parecía sorprenderse frente al joven que quería profesar las ciencias. En la primera reunión científica latinoamericana de Ciencias Fisiológicas, con Carlos Eyzaguirre presentamos una nota sobre nuestra Escuela de Ciencias Biológicas. De ella copio: "Hasta entonces, sólo los que habían completado los estudios de medicina, dentística, veterinaria o pedagogía en biología estaban, hasta cierto grado, capacitados para profesar en actividades relacionadas con la bio-

logía experimental. Faltaban, sin embargo, estudios en materias básicas y los egresados habían dedicado muchas horas a disciplinas no relacionadas directamente con su carrera de biólogos. Esta Escuela ha pretendido solucionar en parte las dificultades enunciadas".

Algunos cursos básicos para la preparación de determinadas disciplinas de estos alumnos no se dictaban en nuestra Universidad. Hubo entonces que solicitar ayuda a profesores de la Universidad de Chile, lo que hicimos por vía extra-oficial, y encontramos generosa y plena acogida.

De los alumnos que han pasado por la Escuela de Ciencias, cinco han obtenido el título de licenciado y de doctor, cuatro de los cuales están actualmente dedicados a la investigación y a la docencia. Se critica que son muy pocos; yo me preguntaría, ¿cómo se mide esto de poco o de mucho? Ellos no han significado ningún gasto a esta Universidad y representan valores actuales y futuros para el desarrollo científico en nuestro medio.

Quisiera recordar que de los alumnos de la Escuela de Medicina inaugurada en 1833, sólo cuatro (Tocornal, Ballesteros, Rodríguez y Mackenna) pudieron terminar sus estudios diez años más tarde, en 1843. El tiempo puede transcurrir lentamente y a veces demasiado en el inicio.

Tenemos fundadas esperanzas que las transformaciones

que están ocurriendo en esta Universidad promuevan también el desarrollo de nuestra Escuela de Ciencias Biológicas.

Aquí termina la semblanza de nuestra Escuela. Yo termino en un momento más con una reflexión.

Observando desde muy lejos, desde donde ya no es tierra, dicen que nuestro planeta, aunque pequeño, es una joya en el conjunto cósmico por su hermosa silueta y sus vivos colores. Observando desde muy cerca, desde lo íntimo de la tierra, dicen que lo más grande de ella es ser nuestra, es el haber poseído un seno capaz de engendrar emoción e inteligencia, que fueron impregnando las etapas de creación de la vida hasta alcanzar su máxima presencia en el hombre, que hizo de la tierra, su tierra. Así se formó la unidad tierra-hombre.

En un comienzo la tierra tenía el dominio, después la tierra disminuía, el hombre aumentaba en poder y cantidad, y el dominio pasó de la tierra al hombre. El contexto tierra-hombre se cambió a hombre-tierra, y el conjunto quedó más teñido por el factor humano; hoy la tierra es más joven porque el hombre es más joven.

El hombre se ha entendido con su madre tierra, ha llegado a amarla en sus distintas expresiones: el pletórico verde, el infinito desierto, el incansable blanco, el suave otoño.

El hombre ha invadido sus entrañas, ha escalado sus alturas, en expresión de amor y en señal de dominio.

El hombre sigue amando su tierra, pero ella ya no le basta y salió en busca de otros lugares.

El hombre se ha entrañado con su madre tierra; pero no se ha avenido consigo mismo, no ha conseguido un coexistir armonioso a pesar de poseer la más alta dote de los valores más preciados de la creación: inteligencia y emoción.

La separación entre lo emocional y lo intelectual sólo responde a una necesidad conceptual.

Partiendo de bases biológicas, puedo pensar que la emoción es una reacción más espontánea y que se desarrolla fácilmente. La inteligencia, en cambio, lo hace con esfuerzo y dificultad. Los procesos emotivos se ejercitan con el solo existir. Las actividades intelectuales pragmáticamente progresistas se han de cultivar por medio de conocimientos adquiridos y por adquirir.

Si estas premisas fueran verdaderas, la conclusión sería obvia: cultivemos más la inteligencia del hombre.

Sé muy bien que en la realidad fenomenológica, es inconcebible la inteligencia sin emoción o la emoción sin inteligencia. Los dos factores se imbrican y uno puede servir como estímulo iniciador de las actividades del otro e, influenciándose mutuamente, llegar a la integración de ambos. In-

tegración que ha de ser diferente frente al amar, frente al adquirir sabiduría, frente a la actividad creadora, política, etc.

No deseo que se interprete equivocadamente mi planteamiento especulativo. No quiero vivir entre inteligencias puras. Sin emociones nuestras vidas serían semejantes a máquinas computadoras que están, pero que no son. Las emociones también sirven para aprender y saber y, muy especialmente, para conservar el pasado. Sin emociones no habría actividad creadora ni en ciencias ni en bellas artes.

Emoción e inteligencia al ser base de la conducta humana, constituyen importantes factores en la desavenencia entre generaciones sucesivas.

La brecha actual entre las dos generaciones es muy distinta a la que siempre existió. Hoy sería extemporáneo oír: "si la juventud supiera, si la vejez pudiera". Hoy la juventud puede más que nunca y parece saber menos que nunca; hoy la vejez puede menos que nunca y parece saber menos que nunca. Hoy los adultos poseen más conocimiento, pero frente a los nuevos problemas de la cultura, de la vida civil, no muestran nueva sabiduría. Antes la juventud se rebelaba por la forma como se aplicaban los fundamentos de la sociedad, hoy los niegan. Las antiguas sabidurías son rechazadas por los más jóvenes. La nueva sabiduría todavía no aparece. Los jóvenes ya no creen que vendrá desde los de más larga vida y ellos la buscan por doquiera, hasta el extremo de

proclamar la destrucción de lo actual, pensando que quizá desde las ruinas brotará la nueva sabiduría.

La idea de cambiar al mundo —supongo cambiar al hombre— está todavía presente. Hasta ahora los resultados son más negativos que positivos.

¿Puede el hombre cambiar al hombre? ¿Qué se puede cambiar del hombre? Yo diría en su esencia: el hombre no es modificable; su conducta civil podría serlo.

La conducta depende de una integración entre inteligencia y emoción. Pero, como ya lo dijimos, la preponderancia entre ambos factores es muy distinta al considerar el para qué de la conducta. Al tratar de obtener una nueva cultura de la vida civil, el factor razonar en posición del conocimiento es el que debe predominar.

Cultivemos entonces la inteligencia por lo menos en la parte de la tierra que nos tocó. Obedeciendo a este mandato, los aquí presentes nos hemos reunido en esta institución que se ha llamado Universidad. A ella le toca parte de esta inmensa labor, una parte muy importante y perfectamente definida dentro de cualquier tipo de organización de la sociedad humana. Digo le toca una parte; las otras partes del cultivo de la inteligencia están a cargo de otras organizaciones y de otros hombres. Aún más, hay otros aspectos que interfieren con el cultivo de la inteligencia del hombre. Estas situaciones (factores económicos, etc.) caen bajo la res-

ponsabilidad directa de gobernantes, de políticos, de empresarios y de otros.

No estoy proponiendo que los universitarios no se preocupen por los problemas generales de un conglomerado social, llámese país, continente, o lo que sea. Deben hacerlo en cuanto ellos son juventud o formadores de juventud. Mas, estamos continuamente tentados a intervenir donde no nos corresponde hacerlo directamente, donde no tenemos plena responsabilidad en el hacerlo. Es la actitud fácil del "amateur". Si tiene buen éxito, queda bien conceptuado; si el resultado es malo, que los responsables se las arreglen.

La intervención en los asuntos que no nos corresponde resolver directamente va en desmedro de las obligaciones que hemos adquirido voluntariamente; el tiempo de una vida no permite realizar dos labores de peso a la vez. Ingenuamente se busca una justificación diciendo que el abandono de lo que nos corresponde es temporal y el otro es más urgente. Yo muchas veces me pregunto, ¿por qué es más urgente?

El gran estadista Sir Winston Churchill no creyó en esa urgencia. Durante la peor época de la inminente invasión de Inglaterra, en pleno bombardeo de Londres, las autoridades educacionales acordaron suprimir las vacaciones de verano para acortar el período de formación de médicos. Sólo ocurrió por un verano. El gobierno inglés insistió en cultivar

adecuadamente las inteligencias y prefirió perder la batalla con inteligencias preparadas que ganarla con inteligencias insuficientemente cultivadas.

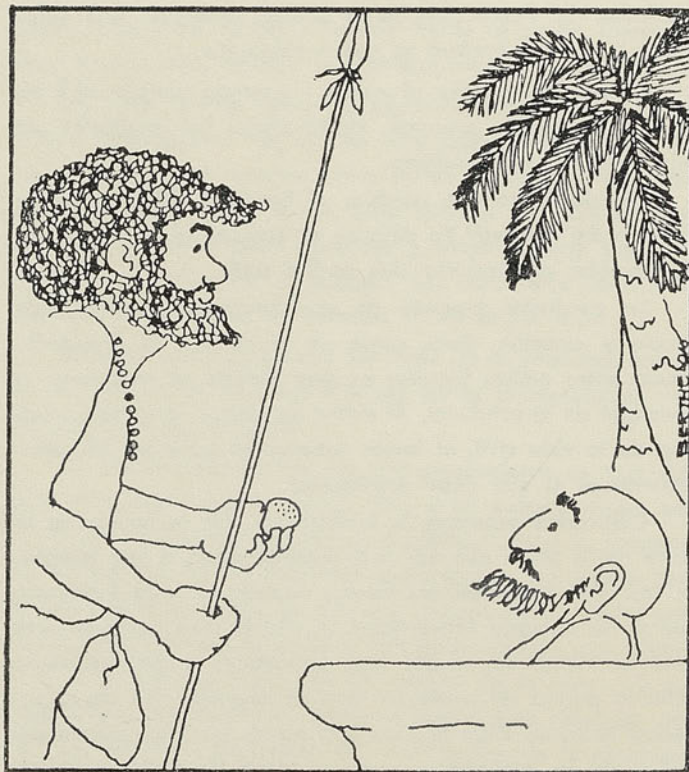
En mi exposición debe quedar explícito que cualquier miembro de una Universidad, director, profesor o alumno, puede dedicarse a lo que más le plazca.

Si alguien cree que es de suma urgencia acabar el analfabetismo del país, deje la Universidad y trasládese a un lugar apartado a enseñar a leer.

Si algún universitario se decide a ayudar a los hombres que sufren, si desea cuidar leproso, no traiga los leproso a la Universidad, vaya donde ellos están. Así lo hizo un eminente profesor de teología y filosofía de una universidad alemana; a los 30 años decide estudiar medicina y se traslada al Congo Belga. El no cuidó leproso desde su cátedra.

Si la mayor preocupación de un universitario es la política contingente, deje la Universidad e instálese en la oficina de un partido político o recorra todo Chile en busca de prosélitos. No transforme la Universidad en un leprosario político.

Para recordarle a muchos que así como está constituida la sociedad no puede continuar, no veo que sea necesario destruir un centro de computación, como lo acaban de hacer los estudiantes de una universidad de Canadá. Más efectiva fue la actitud del estudiante de filosofía de 21 años de edad



que protestó convirtiéndose en una tea ardiente, sin interrumpir el estudio de sus compañeros ni la marcha de su universidad. Sólo quiso ser uno de los que detuvieron por unos ins-

tantes el pensamiento del hombre para obligarlo a meditar más profundamente.

Como Decano subrogante me tocó en 1965 recibir a los alumnos del primer año. Quiero recordar un párrafo leído en aquella ocasión.

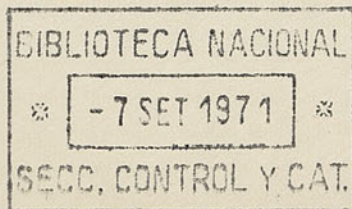
"Muy pronto seremos juzgados por ustedes; lo sabemos bien, nosotros hemos hecho lo mismo. Os pediría solamente que en vuestro juicio no consideréis esta Facultad como un organismo desarrollado, sino que como un organismo en plena etapa de desarrollo al que ahora os incorporáis y formáis parte de él, y tomáis, por lo tanto, la responsabilidad parcial en su existir evolutivo. Vuestro juicio no será justo si desconocéis el pasado. Estamos abiertos a las críticas y a las nuevas ideas, las deseamos. Mas no creáis que vuestras ideas por ser vuestras son justas, como tampoco son justas las ideas nuestras por ser nuestras. La razón no está en aquel que cree poseerla, la razón sólo está en sí misma. Esta argumentación refleja la antiquísima discordia entre generaciones separa-

das por espacio de vida temporal; y a veces aisladas por meros prejuicios".

Sólo tres de los dramas de Kalidasa escritos en sánscrito han llegado a nuestra época. Datan probablemente del siglo primero de nuestra era. Uno de ellos, "Malavika y Agnimitra", refiere el problema en forma elegante.

Antes de iniciar la presentación del drama, el Director entra en escena y anuncia el título de la obra y, en el momento de ordenar el comienzo de la música, es interrumpido por su ayudante, quien, en actitud un tanto conservadora, pregunta si la producción dramática de los maestros clásicos será desechada en favor de la producción de autores modernos. El Director le responde:

"En poesía, no todo lo que viene del pasado es bueno, Ni tampoco todos los poemas modernos han de ser malos; El hombre sabio reconoce lo bueno tanto en lo antiguo como en lo nuevo, En cambio, el crítico vulgar sigue la corriente".





Ediciones
Nueva Universidad

UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE
CHILE

VICERRECTORIA DE COMUNICACIONES

